

Lecturas

BIORREGIONES. DE LA GLOBALIZACIÓN IMPOSIBLE A LAS REDES TERRITORIALES ECOSOSTENIBLES

Nerea Morán, Jose Luis Fernández-Casadevante («Kois»), Fernando Prats y Agustín Hernández (eds.)

Icaria, Madrid, 2023

276 págs.

Biorregiones es una obra coral que aborda una definición general de lo que serían las biorregiones, miradas concretas a algunas de sus principales características y algunos ejemplos y estudios de caso. Esta reseña es un resumen, con reelaboraciones propias, del libro. La he realizado entresacando las ideas que me han resultado más interesantes de sus distintas partes.

Las propuestas que lanza el libro parten de un contexto de creciente escasez de energía y materiales, cambio climático y pérdida de biodiversidad. Todo ello, imprime a las sociedades humanas una dinámica de colapso. Pero esta crisis no impide todavía la continuación de las lógicas de deslocalización y desterritorialización que caracterizan a la ciudad actual, la pérdida de vínculos humanos con la trama de la vida o un diseño de las lógicas globales sobre las locales con una mirada homogeneizadora.

Ante eso, surgen las biorregiones. Vamos a repasar alguna de sus características. Una primera es que una biorregión es la unidad de complejidad mínima necesaria para abordar la reterritorialización de la economía, la cultura y la política. O, dicho de otra forma, el territorio que permite la vida digna de todos los seres que lo habitan (no solo los humanos).

Esta primera característica tiene varias implicaciones. Una es que una biorregión no debe confundirse con un ecosistema, pues requiere estar compuesto por una diversidad de ellos. Solo así se pueden satisfacer las variadas necesidades humanas, empezando por las alimentarias.

Si de lo que se trata es de satisfacer las necesidades humanas y no humanas en el tiempo, los conceptos de espacio de seguridad vital o el de rosquilla de Raworth surgen como elementos centrales de la gestión de las biorregiones: conseguir altos niveles de bienestar universal sin transgredir los límites biofísicos. Para conseguirlo, hacen falta múltiples herramientas, entre las que se encuentran una mirada a largo plazo, un foco importante en la conservación ambiental y una modificación de los indicadores económicos para darle relevancia a los propios de la economía ecológica.

En esta satisfacción de las necesidades humanas, la persecución de la autonomía energética, material y alimentaria es central. Esto no está reñido con que existan intercambios con otras regiones para ad-

quirir lo que no se pueda conseguir dentro. Es más, este intercambio permite una mirada solidaria y no de construcción de identidades excluyentes.

Esta construcción de autonomía tiene distintas implicaciones sobre el tipo de economía posible en una biorregión: requiere avanzar hacia la circularidad, aproximar la producción y el consumo, decrecimiento en el consumo de materia y energía, o articular un tejido productivo complejo y diverso.

La autonomía se debe construir en distintos campos, pero uno central e imprescindible es la alimentación. Por eso, el concepto de biorregión viene acompañado del de agroecología. También de una mirada sobre la alimentación que va más allá de la nutrición, comprendiendo que los distintos modelos alimentarios implican una forma de relación con el territorio, de cultura, de cuidado de la salud, de uso de recursos, de gestión de residuos, o de acceso a alimentos por los individuos. En todo caso, también es necesario la fabricación de manufacturas, para lo cual el libro apuesta por una reindustrialización verde, concepto que merecería en sí mismo otro libro, pues bajo él se pueden recoger procesos productivos muy distintos, algunos de ellos problemáticos.

Si la primera característica de la biorregión es la reterritorialización, la segunda tiene que ver con los límites que la conforman. Estos los marcan características geográficas humanamente reconocibles, pero también «fronteras» dibujadas por el devenir histórico y la construcción de identidades culturales.

Estos límites serían necesariamente porosos, en forma de membrana, para permitir los intercambios económicos que complementen la autosuficiencia, pero también

culturales que limiten el crecimiento de identidades excluyentes. Es decir, unos límites traspasados por redes cooperativas y solidarias.

La tercera característica de una biorregión es la gestión democrática del territorio, pues en cómo se toman las decisiones está otra de las piedras de toque básicas de una propuesta de carácter ecosocial, no solo en la justicia y en la sostenibilidad, que se han nombrado ya. La apuesta es por mecanismos híbridos que conjuguen la representación, la participación y la deliberación.

Esta gestión debe partir desde el conocimiento situado ecosistémico, pero también cultural y político. Por lo tanto, no hay recetas únicas para todas las biorregiones, sino que tendrán que ser diversas y articuladas bajo el principio de subsidiariedad.

Pero, más allá de esta diversidad, hay elementos que se proponen como transversales, como serían el empoderamiento comunitario y el municipalismo. Y que ambos ámbitos de gestión sean quienes controlen los bienes.

En cuarto lugar, las biorregiones deben superar los sistemas de dominación contemporáneos. Sobre dos de ellos se hace referencia en el libro. Uno es del patriarado, cuando se apuesta por una valoración social de los cuidados y su territorialización. El otro es el capitalismo, para lo que se afirma la necesidad de pasar de sociedades «de mercado» a sociedades «con mercados». También cuando se coloca en el centro de la actividad social la satisfacción de las necesidades humanas y no la reproducción del capital.

La quinta característica que define una biorregión sería la ordenación del territorio

y, más en concreto, de los espacios de vida humana. La apuesta es por núcleos poblacionales que conformen una red policéntrica. Ciudades y pueblos que tengan una escala humana, sean compactos, resilientes y estén integrados con el mundo rural, es más, que contengan la ruralidad también dentro, llenándolos de prácticas agrícolas.

Finalmente, la biorregión construye una nueva cultura y, a su vez, requiere de una reconceptualización en ese plano. Implica la articulación de una identidad de lugar y concebir la naturaleza como algo orgánico de lo que formamos parte y no como objeto a dominar.

En conclusión, la biorregión está llamada a ser una de las piedras angulares de la construcción de sociedades ecomunitarias.

Luis González Reyes

Departamento de Educación Ecosocial
de FUHEM

VERDE, ROJO Y VIOLETA. UNA IZQUIERDA PARA CONSTRUIR ECOSOCIALISMO

[Francisco Fernández Buey](#)
(Edición de Rafael Díaz-Salazar)
El Viejo Topo, Barcelona, 2023
343 págs

Necesitamos construir una nueva cultura y práctica política que, partiendo de una ética de la resistencia frente a las formas de barbarie de la actual civilización industrial capitalista, cuestione la idea de progreso material asentada sobre el ilusionismo tecnológico y el producti-

vismo. Para ese intento, Francisco Fernández Buey (FFB) sigue siendo hoy un autor imprescindible. Lo es porque asumió, como ningún otro, el programa expuesto por Gramsci en *Los intelectuales y la organización de la cultura*, y porque lo hizo atendiendo tanto a los problemas nuevos como a las lagunas presentes en la propia tradición comunista que era, para él, la mejor para afrontar los problemas que plantean las sociedades capitalistas.

El libro es una antología de textos de Fernández Buey que va introducida por un extenso ensayo del editor sobre la trayectoria intelectual y activista del autor. En ese ensayo introductorio, Rafael Díaz-Salazar resalta la firme defensa de Fernández Buey a una ética de las convicciones fuertes, su reivindicación de Bartolomé de Las Casas en la denuncia del primer imperialismo de la modernidad, la primacía que siempre concedió a los de abajo y al hacer como la mejor forma de decir, o su pertenencia a la familia de los pesimistas con esperanza. El tema del libro queda acotado a cómo recomponer y actualizar el viejo ideario comunista tras fracasar en la construcción de una alternativa y ante la emergencia de problemas nuevos. Para ello, la selección de textos se ordena en cinco partes: la primera, de un solo capítulo, para ofrecer una visión amplia de la tarea que queda por hacer; la segunda (del capítulo 2 al 7) para recordarnos los puntos de partida necesarios para la reformulación de un ideario rojo-verde-violeta; en la tercer parte (capítulos del 8 al 15) se señalan los principales componentes de ese ideario o programa entendido en sentido amplio, para centrar la atención –ya en la cuarta, con los capítulos que van desde el 16 al 22– en las “herejías” que servirían para actualizar y fertilizar el componente rojo del proyecto; la quinta y última parte, de nuevo con un

solo capítulo, sirve para resaltar la necesaria dimensión internacionalista que debe estar presente en la izquierda que aún contempla un horizonte comunista en este mundo globalizado y biocida contemporáneo.

La selección arranca, como hemos dicho, con un texto que amplía el angular para comprender la situación en que nos encontramos. Al respecto resulta crucial plantearse dos cuestiones: qué se entiende por crisis de civilización y qué civilización es la que entra en crisis. FFB respondió estas preguntas en un artículo publicado en esta misma revista el año 2009. Una crisis de civilización se caracteriza por un momento histórico en el que se llega a un punto crítico que sitúa a la humanidad en una encrucijada. Una crisis que no solo es *global* sino también *total*, al afectar «no solo a las estructuras socioeconómicas, sino también a las instituciones políticas y culturales, así como al sistema de valores que configura y da sentido a una determinada cultura» (p. 90) y que, por consiguiente, reclama, si se quiere afrontar con honestidad y realismo, un auténtico cambio de paradigma. La civilización que entra en crisis tiene nombre, y no es otra que la actual civilización industrial capitalista que produce un desastre ético y una irracionalidad socioambiental como consecuencia de la reduccionista racionalidad económico-crematística que impone.

Para afrontar esta crisis de civilización conviene partir de las derrotas y fracasos de aquellos proyectos que se concibieron alguna vez como alternativas al capitalismo. El fracaso histórico de esos ensayos no invalidaba la búsqueda de otras formas de realizar el ideal. Fernández Buey fue ante todo un comunista. En el plano político y social lo relevante para FFB era ser comunista, más que mar-

xista. En eso siguió fielmente a su maestro Manuel Sacristán que, en su apuesta por complementar conocimiento científico y pasión ético-política, puso siempre en primer plano la dimensión de la transformación revolucionaria. Ahora bien, aunque la historia proporcione valiosas enseñanzas para evitar viejos errores en el intento de materializar un ideal, la renovación de un ideario necesita repensarse además a la luz de los nuevos problemas que van surgiendo. Y los cambios que ha experimentado el mundo desde las décadas finales del último tercio del siglo XX revelaban problemas de fondo sobre los que no se había pensado –o se había pensado demasiado poco y no siempre de forma acertada– en la tradición de la que ambos provenían. Esos problemas nuevos eran, según los percibía Sacristán y los relata Fernández Buey, «la conversión de las fuerzas productivas en fuerzas destructivas, en fuerzas de destrucción, las consecuencias psicosociales del desarrollismo industrialista, la crisis ecológica, el papel de la tecnociencia en nuestras sociedades, la reconsideración del sujeto de transformación social a partir de la consideración de los cambios que se estaban produciendo en la composición de la clase obrera, los efectos socioculturales del equilibrio del terror en la segunda fase de la Guerra Fría, o sea, en la época del exterminismo, como lo llamaba el historiador británico E.P. Thompson, o la reconsideración de la noción clásica de revolución, incluyendo en esa noción la idea de revolución de la vida cotidiana, el problema de choque entre culturas, que había sido un problema muy poco abordado» (p. 195).

Pero esa tradición político cultural que se debe confrontar con problemas nuevos, ¿qué significado conserva en cuanto ideal? Fernández Buey responde que «el socialismo moderno buscaba crear un

orden nuevo frente a lo que consideraba desorden, desorganización y anarquía en las relaciones sociales entre los hombres. *Regulación (o planificación)* de los recursos y medios de producción y *racionalización* de las relaciones sociales en el plano de lo político habrían de ser, por tanto, las dos notas principales compartidas por las varias tradiciones socialistas» (p. 206). Y esos criterios inspiran los rasgos principales de un programa para una sociedad de hombres y mujeres iguales y libres en la que se irían combinando diferentes medidas, algunas formuladas como abolición de los obstáculos que impiden la aparición de la sociedad nueva (como la abolición del ejército y de la nueva servidumbre que representaba el trabajo doméstico asalariado o la reducción del aparato administrativo y represivo del Estado) y otras formuladas en positivo como propuestas para su construcción (como la reducción de la jornada laboral, la libre asociación entre productores iguales convertidos en trabajadores ciudadanos, la colectivización de los medios de producción y subsistencia mediante la propiedad compartida o el usufructo común, la combinación entre trabajo manual e intelectual, la alianza entre la fuerzas de la ciencia y el trabajo, etc.). Todo ello traería como consecuencia el fin de la división fija del trabajo, de la sociedad organizada en clases, la transformación drástica de la familia tradicional para acabar con la discriminación secular entre géneros y unas relaciones más armónicas con la naturaleza. Esas son algunas de las ideas que, más allá de las diferencias, compartieron los padres y madres del socialismo moderno.

¿Queda algo de este ideario del socialismo moderno? Si bien algunas reivindicaciones se han visto realizadas parcialmente, lo cierto es que «la mayor parte de las cosas que aquellos socialis-

tas, antiguos y modernos, querían abolir no figuran ya en los programas actuales. Y la mayor parte de las cosas que los clásicos proponían como alternativa tampoco son ya mencionadas habitualmente» (p. 210). Aceptar y asumir la profunda crisis del proyecto es el primer paso para la reconstrucción de un ideario que, además del reconocimiento de la insuficiencia de lo viejo, debe partir de los nuevos hechos a los que ya se ha hecho referencia, y que lejos de restar vigencia al ideal socialista hacen que cobre aún mayor sentido. La profundización de las desigualdades, el expolio de la naturaleza y la alienación de las gentes a causa de la agudización de la mercantilización, exigen «hoy como ayer, pero con mayor urgencia que ayer, si cabe, la racionalización de las relaciones sociales, la sociedad regulada» (p. 214). FFB tenía el firme convencimiento de que no hay nada mejor que la cultura comunista para hacer frente al modo de producción y vida que nos ha conducido a la actual crisis ecosocial.

Junto a las ideas básicas que conforman un ideario que debe ser actualizado permanentemente a la luz de problemas nuevos, FFB supo percibir también las lagunas o carencias de la propia tradición. Una de ellas es la relación entre la política y los sentimientos personales. Esta falta de consideración de las relaciones entre sentimientos privados y razón política en el movimiento comunista muestra la necesidad de una educación sentimental ante el empobrecimiento de quien se dedica “solo a la política” en unas circunstancias que, al ser especialmente duras o adversas, no permiten ser “amistoso con los demás” o tener una “mirada paciente de la naturaleza”, y eso aun cuando la vida de esa persona sea de generosa entrega y sus actos se encuentren movidos por una concepción de la política como ética de lo colectivo. Es precisamente en

Gramsci y Simone Weil, y concretamente en la tragedia y veracidad de sus vidas, donde Fernández Buey encuentra las claves para esa educación sentimental. Los capítulos dedicados a Gramsci (cap. 21 «Tragedia y verdad de Antonio Gramsci») y Simone Weil (cap. 15 «La izquierda violeta y las de abajo. Una perspectiva desde Simone Weil») son ejemplo de la importancia que Fernández Buey otorgó a la subjetividad y a la coherencia ética en la práctica política, sobre todo cuando aspira a praxis revolucionaria. El comunismo como horizonte político nunca puede dejar de estar acompañado de la necesidad de una educación sentimental capaz de revolucionar la vida cotidiana, empezando por las relaciones interpersonales.

Las biografías de Gramsci y Weil, sostenidas en buena medida sobre una ética del sacrificio, son el testimonio más veraz de la necesidad de una ética de la resistencia para hacer frente a la barbarie (la de entonces y la de ahora). La comprensión de la desdicha humana por parte de Weil, y la comprensión de la tragedia personal de Gramsci, supone pasar de los fríos análisis objetivos de la explotación económica y la opresión política a poner el acento en la mirada cálida sobre los efectos psicológicos y espirituales que aquellas realidades provocan en la condición humana en forma de desarraigo interior, alienación y deshumanización, de manera que permita profundizar y dar un paso más en la crítica a los fundamentos sobre los que se ha construido la inhumanidad de la actual civilización capitalista.

Así, combinando los análisis de una realidad cambiante con una educación sentimental capaz de hacer frente al desastre ético de una civilización transformada en barbarie, se podrá estar en condiciones de avanzar en la concreción de un programa roji-verde-violeta para una red de

movimientos sociopolíticos que, aunque en ciernes, no logrará materializarse sin trabajo organizativo por abajo y el intenso intercambio de ideas y experiencias entre quienes persiguen la idea de una ciudadanía global que pasa de las reivindicaciones parciales (centradas en un solo asunto) a la emancipación social.

Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director de *Papeles de relaciones*
ecosociales y cambio global

MENOS ES MÁS. CÓMO EL DECRECIMIENTO SALVARÁ AL MUNDO

Jason Hickel

Capitán Swing, Madrid, 2023

320 págs.

Menos es más es, ante todo, un libro necesario. Un libro brillante y muy necesario cuya lectura no va a dejar indiferente a nadie. No es, por supuesto, el primer libro que aborda las bondades y la conveniencia de abrazar una forma de vivir más pausada y contenida; pero sí es, muy probablemente, uno de los que mejor han logrado desgranar las contradicciones y los sinsentidos de un sistema económico —el capitalismo— que está absurdamente organizado en torno a la expansión y acumulación perpetuas.

El crecimiento económico como un fin en sí mismo —el *crecentismo*— se ha convertido en el objetivo político nacional de casi todos los países del mundo. Sin embargo, comprender las implicaciones reales del crecimiento es fundamental. El crecimiento es una función compuesta. Esto supone que, para un crecimiento de, por

ejemplo, el 3% anual –que es lo que los economistas dicen que hace falta para garantizar el correcto funcionamiento de la economía global– el tamaño mundial de la esfera económica se duplicaría cada 23 años. Esto significa que para finales del presente siglo sería veinte veces mayor que hoy. Y para finales del próximo siglo sería unas 370 veces mayor. Y al cabo de otros cien años unas 7 000 veces mayor. ¿De dónde se supone que van a salir la energía y los materiales necesarios para ello? ¿Y cómo van a soportar nuestros ya maltrechos ecosistemas los residuos y la contaminación que de todo ello se derivará? Evidentemente, es inviable. E incompatible con todo aquello que debería centrar nuestra verdadera atención; porque reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, frenar el cambio climático o atajar la crisis ecológica y de biodiversidad será irrealizable –no nos engañemos– bajo un sistema centrado en el axioma del crecimiento continuo. Más crecimiento económico significa más demanda de energía y más emisiones. Significa más requerimiento de materiales y más residuos y contaminación. Como sostiene Hickel a lo largo de todo su libro, aspirar a que la economía crezca eternamente en un planeta finito es sencillamente algo imposible. Y hasta suicida.

Sin embargo, ante todas estas incómodas cuestiones, los defensores del sistema actual confían ciegamente en que la tecnología nos salvará. «Algo inventarán», suelen decir. «No puede ser que el cambio climático o la crisis ecológica detengan el crecimiento de la economía. El capitalismo puede ser compatible con la sostenibilidad ambiental». «Crecimiento verde» lo llaman ahora. Y así, estos devotos se agarran a medidas como las energías renovables o las mejoras en la eficiencia y el reciclaje, así como a una larga retahíla de nuevas tecnologías

–muchas de las cuales a día de hoy son pura fantasía– como tapar el sol con enormes escudos orbitantes o inyectar aerosoles en la estratosfera para reflejar más luz solar, o modificar la composición química de los océanos, o cultivar por todo el mundo árboles genéticamente modificados que secuestren más carbono, o desarrollar ingenierías para capturar y enterrar el exceso de CO₂ de la atmósfera. Asimov y Verne estaría encantados.

Pero, seamos realistas, ¡por Dios!. Son muchas las cosas que podrían torcerse. No podemos depositar todos los huevos en la cesta de la tecnología. Es un riesgo demasiado alto cuando te estás jugando el futuro de la humanidad. Como se suele decir, «los experimentos, con gaseosa, por favor». Que planeta solo tenemos uno. Afortunadamente, son muchos los científicos que llevan años alertando sobre las limitaciones y los peligros que muchas de estas tecnologías tienen. Suponen en el fondo una arriesgada distracción a través de la cual estamos escurriendo el bulto de afrontar con madurez las raíces reales del problema. Y el remedio podría acabar siendo mucho peor que la enfermedad.

Con todo, y dejando al margen las *tecnofantasías* de algunos, debemos aceptar que los avances en energías renovables, eficiencia energética y reciclaje de materiales (que por supuesto son deseables), por muy estupendos que logren ser en los años venideros, jamás podrán compatibilizar *crecimiento* y *sostenibilidad*, pues bajo un sistema orientado a la expansión constante, todas estas mejoras o nuevas formas de energía no sustituyen en la práctica a lo que preceden –como los combustibles fósiles– sino que se suman a ello. Esto es, se usan para impulsar más crecimiento. Y es el crecimiento lo que supone un problema, pues cuanto más cre-

ceмос, más materiales y energía requiere la economía y más difícil se hace satisfacer sus demandas únicamente en base a renovables, eficiencia y reciclaje.

Como ilustra Hickel para el caso de las renovables: «Hoy el mundo produce 8 000 millones más megavatios hora anuales de energía limpia que en el año 2000. (...) Sin embargo, debido al crecimiento económico, la demanda de energía ha aumentado en 48 000 millones de megavatios hora exactamente en el mismo periodo». Por tanto, aunque multiplicáramos por tres o por cuatro la actual producción de energía renovable, las emisiones mundiales no se reducirían en nada. «El crecimiento siempre toma la delantera». El crecimiento es el verdadero problema.

Además, todas estas medidas tecnooptimistas –las esgrimidas por los defensores del crecimiento verde– incurrirán al final en la misma lógica de pensamiento que provocó el problema: ver al planeta como un conjunto de recursos que pueden *dominarse, conquistarse y controlarse*. Y lo que necesitamos es justamente lo contrario: romper con la lógica capitalista y comenzar a construir una nueva lógica de la vida en la Tierra. Una lógica que parta de reconocer nuestra finitud. La pregunta mana por sí sola: ¿Y si en vez de retorcer y distorsionar continuamente lo que nos rodea comenzamos a repensarnos a nosotros mismos para favorecer un mejor encaje humano en la biosfera?

Las ensoñaciones de los Green New Dealers sobre el desacoplamiento absoluto entre el crecimiento económico y sus impactos ambientales son eso, ensoñaciones. Disociar el PIB del uso de materiales y energía a nivel mundial es *sencillamente imposible*. Y no tenemos tiempo que perder con este tipo de extravagancias alejadas de la realidad de la física. Tal y como

se recoge acertadamente en este libro, debemos poner urgentemente un tope anual a la extracción de materiales y energía (inferior a lo que los ecosistemas pueden generar) y a la generación de residuos y contaminación (menor a lo que los ecosistemas pueden absorber sin correr riesgos), e ir reduciéndolo año tras año hasta volver a estar dentro de los límites planetarios. Y como sostiene Hickel, si los defensores del crecimiento verde de verdad creen en la teoría del desacoplamiento, esto no debería preocuparles lo más mínimo, pues les daría la oportunidad perfecta para demostrar al mundo que tienen razón.

Pero es que el *crecentismo* no solo es incompatible con la resolución de los grandes problemas ambientales de nuestro tiempo. Sucede lo mismo con muchos de los más acuciantes retos sociales que hoy nos atraviesan, como resolver la pobreza y la desigualdad global, garantizar la democracia o fortalecer la paz. Son en buena medida cuestiones inconciliables con el capitalismo; un sistema cuyo propósito –no lo olvidemos– no gira en torno a satisfacer necesidades humanas ni a obtener mejores resultados sociales, sino a extraer y acumular beneficios cada vez mayores. El objetivo del capitalismo no es, pues, que las personas puedan tener acceso a una vida digna, sino todo lo contrario: perpetuar la insatisfacción humana para que el consumo no se detenga, promoviendo para ello –deliberadamente– un modo de vida basado en el despilfarro (y la contaminación), que en la práctica no reporta ninguna utilidad real para los seres humanos (véase el escandaloso ejemplo de la obsolescencia programada).

El autor de *Menos es más* nos emplaza, a fin de cuentas, a reconocer que la causa última de todos los males que acechan al

mundo moderno es el capitalismo. Y en tanto en cuanto el capitalismo es un sistema basado en el crecimiento constante, solo hay una solución posible para salir con rotundidad del rumbo de colisión que la civilización exhibe: el *decrecimiento*; que consiste en una reducción planificada, justa, segura y equitativa del uso excesivo de energía y materiales. El decrecimiento significa decidir qué cosas sí necesitamos que crezcan y cuáles no. Y supone, entre otras cosas, distribuir los ingresos y la riqueza de una forma mucho más justa y sostenible para que todas las personas del mundo tengan acceso, dentro de los límites planetarios, a unos servicios públicos de calidad que garanticen la cobertura de sus necesidades más fundamentales.

El decrecimiento nos invita a reconocer que no podemos seguir creciendo indefinidamente en un planeta finito. Si el capitalismo ha representado algo así como *la adolescencia de la humanidad*, un periodo en el que hemos crecido y nos hemos desarrollado muy rápidamente, y bajo el cual nos hemos creído invencibles e indomables, el decrecimiento ha de caracterizar a un nuevo periodo de nuestra historia en donde deberemos (re)aprender a prosperar y florecer con cabeza y madurez, sabiendo encajar adecuadamente en los ecosistemas de la Tierra sin atar nuestro devenir a la disparatada idea del crecimiento constante, la conquista eterna o la expansión inagotable. Ha llegado el momento de comportarnos como adultos.

El decrecimiento aboga, en definitiva, por llevar a cabo una transición a un tipo de economía totalmente diferente. Una economía más justa y humanitaria que no necesite el crecimiento y que se organice en torno a la prosperidad humana y a la sostenibilidad ecológica. Romper con los

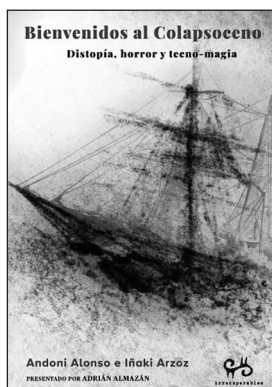
dogmas del capitalismo y transitar hacia un nuevo modelo económico y cultural basado en el decrecimiento no solo nos sacará al mismo tiempo de las actuales crisis ecológica y social, sino que nos devolverá el sentido de la vida, comprendiendo que, sobre una esfera finita, no puede valer todo, y que nuestras acciones cotidianas tienen consecuencias a escala planetaria.

Si queremos sobrevivir a los grandes desafíos del presente no podemos esperar a ver qué pasa, y que el capitalismo se estrelle contra los umbrales de seguridad de la Tierra. Tenemos que limitar el crecimiento nosotros mismos, reorganizando la economía para que funcione de otro modo y opere realmente en favor de la vida. Este libro nos invita a ello. Nos invita a trascender el capitalismo y a dejar atrás la lógica del crecimiento para pasar de una filosofía de *la dominación y la extracción* a un nuevo sistema centrado en el bienestar, la solidaridad, la justicia y la sostenibilidad. Como sostiene su autor, «ha llegado el momento de someter el capitalismo al examen de la razón». Necesitamos una nueva forma de concebir nuestra relación con el mundo viviente.

Mateo Aguado Caso

Investigador del Laboratorio de Socio-Ecosistemas del Departamento de Ecología, Universidad Autónoma de Madrid

NOTAS DE LECTURA



BIENVENIDOS AL COLAPSOCENO. DISTOPÍA, HORROR Y TECNO-MAGIA

Presentado por Adrián Almazán
Irrecuperables, s/l, 2023

278 págs.

El libro de Alonso y Arzo constituye un texto singular que no dejará indiferente a nadie por su explícita intención paradójica y provocativa desde su propio título, *Bienvenidos al colapsoceno*. Con el término Colapsoceno, aluden a la gravísima crisis ecosocial en marcha y sus impactos en la civilización dominante. El libro ilustra bien un imaginario cada vez más patente: la intuición –o quizá certeza– de que la crisis ecosocial se encamina de forma inexorable hacia el desplome de los socioecosistemas, o al menos, hacia un grado tal de deterioro que hará inviable la civilización dominante actual. Esta certeza se trasluce cada vez más claramente en los discursos de expertos y profanos, y cala ya en el sentido común de nuestra época en clave de «fin de los

tiempos». Frente al cultivo de la utopía que ha acompañado a la civilización occidental, en el siglo XXI la imaginación utópica parece anestesiada, y ha sido reemplazada por un hiperdesarrollo del imaginario catastrófico y distópico, como señala Adrián Almazán en la presentación del libro. Huérfanas de utopías, la distopía se expande por doquier.

Este contexto, en lugar de elicitar un contundente respuesta común a la luz de la ciencia, está provocando, sorprendentemente, la fragmentación de posicionamientos y visiones, desde el negacionismo radical a una gama de colapsismos –donde se sitúan los autores–, pasando por el transhumanismo y el escapismo aceleracionista. En un clima de parálisis política, esta algarabía de voces alimenta una confusión que va calando en la sociedad con diferentes expresiones: nihilismo, pesimismo, derrotismo o activismo, pero, sobre todo, un presentismo que eclipsa la imaginación emancipadora.

En este contexto, los autores parecen haber adoptado la estrategia de la provocación, de reflejar la catástrofe en cienes con tal crudeza e indiferencia que llegue a provocar indignación y reacción ante un futuro apocalíptico que nos sirven de antemano, sin haber intentado evitarlo. Los autores afirman en el prólogo que «nuestro propósito ha sido, sencillamente, dejar constancia de las pesadillas intelectuales y culturales que nos asaltan» (p. 17), sin plantear alternativas o agitar esperanzas porque «ya no hay tiempo, al menos para revertir significativamente la situación» (p. 19), y también: «ya no deseamos que escribir sea útil, y menos aún para ningún proyecto

de salvación de la humanidad» (p. 16). Tras este recibimiento, sin embargo, a lo largo de las páginas es posible detectar la búsqueda de alternativas desde posiciones emancipadoras. Así, afirman: «Necesitamos un nuevo pensamiento y una nueva ficción que nos ayude a salir de esta burbuja autocomplaciente» (p. 78) y «No podemos evitar el colapso, pero todavía necesitamos encontrar la forma de lograr la versión menos catastrófica del mismo» (p. 78).

El libro se vale de obras literarias –como *La tempestad*, de Shakespeare– o filmicas –como *Planeta prohibido*, de Fred Wilcox (1956)– para discurrir sobre el colapso, y bebe de pensadores como Illich y Winner. Los autores hacen énfasis en la tecnología como nueva «tecnomagia». Su tesis entronca con otros trabajos suyos anteriores, firmados bajo el heterónimo de Cibergolem, en los que han reflexionado sobre la «cibercultura» desde la perspectiva de los estudios de Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS).

En el último capítulo enuncian su visión del Colapsoceno, en el que «el derrumbe implosivo de nuestro sistema... no supone el Fin, sino una transformación, dentro de las limitaciones que, precisamente, la degradación ambiental impone» (p. 231). Ante la impotencia ante el colapso, los autores se decantan por el apoyo mutuo, la amistad y la consciencia del «goce profundo de estar aquí, vivo, en este momento... de la forma más desnuda posible». Y plantean el estudio del Colapsoceno como «ejercicio mental, nutrido de datos, análisis y reflexión... [para alimentar] la prospectiva imaginativa».

En definitiva, tanto si nos situamos en posiciones colapsista como si no, el libro constituye una valiosa aportación para reflexionar en torno a la crisis ecosocial, dilucidar los distintos posicionamientos que se están planteando e imaginar los futuros posibles que, esperemos, lleven el signo de la emancipación.

Área Ecosocial de FUHEM



NUEVA CULTURA DE LA TIERRA

Charo Morán/ Área de Educación de Ecologistas en Acción

Libros en Acción, Madrid, 2023

296 págs.

La Nueva Cultura de la Tierra es un libro que surge de las reflexiones del Área de Educación de Ecologistas en Acción, cuyo objetivo principal es contribuir a la comprensión de la complejidad actual caracterizada por la crisis ecológica, social y económica.

El texto aporta claves propositivas y abarcales que conduzcan a poder atisbar un futuro posible y deseable. Se concreta en 6 + 1 ideas que a su vez están interrelacionadas:

Decrecer en la esfera material. Para ser conscientes de la situación de translimitación planetaria, que se ha sustentado sobre el espejismo de que es posible crecer ilimitadamente en un planeta con recursos y sumideros finitos. Por tanto, es imprescindible fomentar una cultura de suficiencia y reparto para asegurar el bien común.

Construir equidad en común. Para combatir la desigualdad social en todas sus manifestaciones, haciendo especial referencia a la justicia ecológica y propiciando la cobertura de las necesidades humanas para todas las personas. En un planeta translimitado lo justo es repartir y restaurar lo deteriorado.

Mantener la biodiversidad. Para poner freno a la Sexta Extinción de especies de causas antropogénicas, que pone en riesgo los procesos ecosistémicos (fotosíntesis, fertilización del suelo, cierre de ciclos, etc.) y ser conscientes de nuestra ecodependencia y pertenencia a la trama de la vida.

Vivir del sol actual. Para dejar atrás la época de uso masivo de los combustibles fósiles, causante principal de la emergencia climática, necesitamos apostar por las energías renovables, reducir la demanda a escala global y construir soberanía energética.

Cerrar los ciclos de materiales. Para reducir drásticamente la contaminación, ya sean emisiones de gases, vertidos o basuras, y poder reintegrar los residuos orgánicos a los ecosistemas y maximizar la recuperación de los materiales de carácter técnico.

Poner la vida en el centro. Para asegurar vidas dignas a todos los seres vivos, siendo conscientes de nuestra interdependencia, de la importancia de los cuidados para el bienestar y de la necesidad de su corresponsabilidad. En un futuro de incertidumbre es imprescindible a resolver los conflictos de forma pacífica.

Parte de la originalidad del libro estriba en que la **séptima idea** está abierta y cada persona o colectivo puede aportar nuevas claves que consideren relevantes y que sirvan para introducir nuevas miradas, reflexiones y contextos.

La Nueva Cultura de la Tierra se alimenta de muchas fuentes y se expresa de muchas formas. Por eso, el libro propone enfoques teóricos (como la economía ecológica, la teoría general de sistemas, la economía feminista, la tecnología intermedia o las aportaciones de numerosos pueblos indígenas), enfoques que pueden dar la vuelta a la cultura de “pensamiento único.” También aporta libros, experiencias, medidas urgentes, biografías, leyes científicas, movimientos sociales, canciones, gráficas, manifiestos, soluciones culturales, ingenios de producción colectiva, cuentos infantiles, películas imprescindibles. Y todo ello lo hace con un diseño rompedor, innovador, de fácil lectura, de factura muy visual (lo cual se agradece muchísimo) que viene de la mano de Emma Gascó en las ilustraciones y de Fernando Cembranos y Marta Pascual, responsables de las infografías a mano alzada. Diseñado y maquetado por Ro Trejo.

Para complementar este libro, Ecologistas en Acción ha desarrollado una propuesta

educativa que busca contribuir desde la educación formal a un cambio cultural necesario que permita a los seres humanos y no humanos, vivir con dignidad y posibilitar la existencia de las generaciones futuras. El material educativo que se acompaña con unas guías de apoyo al profesorado en las que se desarrollan las competencias específicas, los criterios de evaluación y los saberes básicos para las diversas materias desarrolladas en la LOMLOE con el fin de diseñar situaciones de aprendizaje. Y lo mejor de todo es que los recursos didácticos se pueden descargar de forma gratuita en la página web de Ecologistas en Acción.

Para Yayo Herrero que prologa el libro, la Nueva Cultura de la Tierra es una propuesta que pretende ayudar a la conformación de personas que se quieran y respeten a sí mismas, capaces de organizarse con otras para construir comunidades justas y equitativas y conscientes de ser parte de la trama de la vida.

Área Ecosocial de FUHEM